

Levanto la vista del libro que me intriga
y observo a Kira tendida en el suelo.
Dormita, serena,
a salvo de las cuitas que mueven el mundo.
Una estela de albor le ha crecido en el vientre
y le alcanza hasta el pecho,
como una conjunción de astros titilantes
en el negro universo de su pelaje.
¿Acaso tendrá ella conciencia de los días,
de la flecha tenaz que ya partió del arco?

Languidece septiembre saludando al otoño
con un tórrido adiós ajeno a estas calendas.
Rodeado de frondas aún verdecidas,
resistiéndose al ocre que les aguarda,
disfruto el remanso de la tarde aquietada,
la luz del equinoccio
que ya mueve presta su aldaba otoñal.

Veó redondas torcaces ensayando madrigales,
colgadas del pentagrama de cables tensionados
y corcheas estorninas danzando en el aire,
alegre contrapunto de notas bullidoras
de un improvisado jazz vespertino;
ladra un perro en la distancia
y dibujan las nubes formas grotescas,
fugitivas, cambiantes, ahogadas de añil;
ruidos de motores
rompen la magia del oro de la tarde,
cual perdidas teselas de un mosaico incompleto;
de a poco, con pereza infinita,
pierde la buganvilla su cardenal fulgor,
su luz purpúrea anunciando las sombras.

De golpe,
la pluma detiene su azulada grafía
y pide un receso.

La luz ambarina que bañaba los cerros,
se ha tornado pajiza.

Y algo me dice

que vuelva con premura al libro que me intriga,
antes de que la noche me impida que descubra
los ocultos veneros de una historia de amor.